

sepulcro? Pues anda, hija ingrata y desconocida; no seas monja, no; pero así el cielo derrame sobre tí sus maldiciones; confundida y arrastrada te veas en este mundo; jamás tu corazón pruebe los placeres de la paz; sea toda tu vida un círculo de afrentas, dolores y miserias, y en la hora inevitable de tu muerte el Dios eterno que me escucha permita que no halles confesor que te absuelva, para que, muriendo impenitente, recibas en los infiernos por toda la eternidad el premio de tu tenaz inobediencia!

No pudo la inocente Carlota soportar el temor que le infundieron estas impías execraciones <sup>1</sup> y así, trémula, descolorida y palpitándole fuertemente el corazón, se abalanzó á los pies de su cruel padre, se los besó mil veces, los empapó con sus lágrimas, y apenas articulando las palabras le decía:

—¡Ya está, papá de mi alma, ya está; yo seré monja y cuanto usted quisiere; pero deje ya de maldecirme!...

Entonces el cruel viejo, aparentando una alegre serenidad, la levantó á sus brazos, y estrechándola en ellos, le decía:

<sup>1</sup> Es una vulgaridad creer que siempre se cumplen las maldiciones de los padres. Cuando son injustas no hay para qué temerlas; porque Dios no aflige á sus criaturas sólo por complacer un mal deseo; sin embargo, el maldecir es un vicio y una costumbre reprobada, aun cuando se maldiga con razón, porque nunca hay razón para maldecir. Muchas veces Dios ha permitido que se cumplan las maldiciones de los padres por castigo de ellos mismos. *Así como sus bendiciones afirman la felicidad de los hijos, sus maldiciones destruyen hasta los cimientos de las casas.* Esto lo dice el mismo Dios en las divinas Escrituras. (*Eccl.* 3, v. 11). No es mucho, pues, que haya tantas familias desgraciadas, habiendo tantos padres maldicientes.

—Ya no hay nada, Carlota, ya no hay nada. Tú eres mi hija, y estás obligada á obedecerme, así como debo amarte por ser tu padre. Con tal que me des gusto y me cumplas esa palabra ya no te reñiré en mi vida, antes te recibiré á mi gracia y te daré gusto como siempre. ¡Vamos! siéntate, serénate, no llores; ¡si yo te quiero mucho, si eres mi hija! ¿no te he de amar? Ahora, ¿qué imposibles te pido? Que seas monja; mira tú cuál es el daño que te hago. ¿Acaso crees que en los conventos se pasa mala vida? No, hija, todo lo contrario; cuantas están allí están contentas, sin echar menos la calle para nada. ¿Qué te podrá faltar en el convento? Allí tendrás tu celda muy compuesta, tus macetas, tus pajaritos y cuantas golosinas apetezcas. No te faltará un peso que gastar con libertad ni amigas con quienes amistarte; tampoco carecerás de diversión, pues en los conventos tienen sus días de recreo, sus rejas, sus visitas y azoteas; hacen también sus máscaras y mojigangas, sus comedias, sus jamaicas... en fin, no extrañan la calle para nada. Á más de esto, ya sabes que mi hermana es la abadesa; con ella vivirás y te tratará como tu tía, y como que te quiere y te ha querido tanto. Por esta misma razón las monjas y las niñas te traerán en las palmas de las manos. Últimamente, tú vas á asegurarte de los peligros de este mundo; vas á llenarte de la gracia de Dios; á merecer la bienaventuranza con tus

virtudes, y á ser nada menos que esposa del mismo Jesucristo. ¿Quieres más dicha? ¿quieres más satisfacción? ¿quieres más gloria? Conque ¿qué dices? ¿te resuelves á aborrecer á Welster y á ser monja?

—¡Ay, papá! respondió Carlota sin poder interrumpir su llanto, ya le dije á usted que seré monja; pero aborrecer á Welster es imposible.

—¡Vaya, vaya! tú estás apasionada, te disculpo; al fin eres muchacha y no sabes lo que hablas ni lo que haces. Me contento con que seas monja. En el convento, después que no sepas de Welster, cuando pasen dos años y no tengas ni esperanza de verlo, se apagará en tu pecho esa llama que ha encendido tu infame seductor y ya no te volverás á acordar de él; pero es preciso acelerar este paso antes que se enfríe esta vocación. Mientras vuelvo, vístete y serénate. Te dejo encerrada, porque no quiero que tu tía ni las criadas te vengan á incomodar ni á informarse de lo que ha pasado. Ya vuelvo.

Diciendo esto, el viejo la encerró y se salió para la calle. Fácil es concebir que Carlota, viéndose sola, se desahogó á su satisfacción, se bañó en su llanto mil veces besando el retrato de Welster, que no se le caía del pecho, y le decía como si hablara con él mismo:

—¿Dónde estás? ¡ay, Jacobo de mi vida, hechizo de mis ojos, bien de mi corazón!... ¿Para qué viniste á esta

tierra que te había de ser tan azarosa? ¿para qué me amaste tan de veras, y ya que me amaste, para qué te ausentaste de mis ojos? ¡Ah, Welster desdichado! Vén, vuela en las alas del amor á socorrer á tu infeliz Carlota; mira que te la arrebatan de los brazos... Sí, yo te voy á perder eternamente. Ya no volveré á ver ese semblante tan lleno de candor y de inocencia; ya no escucharé de tu boca aquellas tiernas expresiones, aquellos nobles sentimientos que me manifestaban tu amor puro; ya no tendré la gloria de volver á estrecharte entre mis brazos; ya huyó de mi corazón aquella lisonjera esperanza que me alentaba de poder alguna vez llamarte mío. ¡Ay, desdichada Carlota! Ya se acabaron para tí los días de la serenidad y la alegría... sepultada en una horrible prisión, vas á perder á Jacobo para siempre... ¡Welster... amado Welster... esposo mío... vén, corre, favorece á esta mujer amante y desgraciada!...

La fuerza del dolor oprimió el corazón de esta infelice, anudó su lengua, heló su sangre y la hizo sucumbir á su vehemencia. Cayó privada al pie de un canapé sin soltar el retrato de su amante.

Así estuvo algún tiempo, hasta que naturalmente volvió en sí, y advirtiendo que había pasado largo rato y que podía ya volver su padre, escondió el retrato, se limpió los ojos y se vistió.

Apenas había acabado, cuando entró don Tadeo y

le mandó se pusiera el túnico negro y la mantilla. Obedeció al instante; y tomándola el padre de la mano, bajaron la escalera, y entrando los dos en un coche, la llevó al convento, en cuya portería la estaba esperando la abadesa.

Esta la recibió con mil cariños y la introdujo en su habitación. Como don Tadeo tenía dinero, facilitó todas las cosas de modo que al tercer día tomó el hábito de religiosa.

Esto fué con tal secreto, que ni doña Eufrosina, ni ninguna de sus amigas, ni su hermana Adelaida, ni las mismas criadas de su casa lo percibieron, ni pudieron rastrear su paradero por más pesquisas que hacían.

El viejo se unió con la abadesa y entre los dos tomaron las precauciones necesarias para impedir que Carlota avisara á nadie donde estaba. Continuamente tenía sobre sí los ojos de la tía ó de una monja de su confianza; no se le permitía jamás bajar á la puerta, subir á la azotea ni tener reja; se le prohibió absolutamente toda amistad dentro del convento; se le quitó de la celda el tintero; se le impidió bajo de graves penas que hablara sino con la abadesa ó con la monja, su perpetua centinela, y para acabar de quitarle todo recurso, se le hacía dormir sola en un cuarto, bajo de llave.

La infeliz novicia cayó en la más negra melancolía. Siempre llorando, sola, y sin hablar con nadie del con-

vento, se entregó á rienda suelta á la tristeza. A muchas instancias y regaños comía un bocado; el sueño se retiró de sus ojos y con semejante vida en cuatro días se estragó su salud notablemente. Ella se puso flaca y descolorida, en términos que infundía compasión á cuantos la miraban. Su confesor, con quien podía haber tenido algún desahogo, estaba coludido con su padre, y así en vez de consolarla la reprendía ásperamente, tratándola de loca y de inconstante.

Tantos verdugos juntos dieron con ella en una cama, donde padeció más de seis meses. Cuando avisó la abadesa á su padre que estaba de peligro y que no la aseguraban los médicos, respondió:

—¡Ojalá se muera, más bien la quiero muerta que casada!

No se cumplieron sus indignos deseos, porque ya por la resistencia de su edad y su constitución, ó por los auxilios de la medicina, se fué restableciendo poco á poco, hasta que logró ponerse en pie.

Cuando se levantó de la cama se halló con otra niña que tenía la abadesa, llamada Irene, con quien le permitieron amistarse, pero sin perderla de vista como siempre. Esta joven era muy amable y padecía la misma enfermedad que Carlota, esto es, estaba apasionada por un hombre de bien; pero era pobre y los padres de ella, para ver si le olvidaba, la pusieron en el convento.

Así que las dos se comunicaron sus penas, estrecharon más su amistad y se consolaban mutuamente ó lloraban con mucho disimulo, por temor de alarmar con su imprudencia la vigilancia de las monjas. Pero dejemos á Carlota cumpliendo su año de noviciado, mientras nos dirigimos á la Habana para saber qué es lo que hacía Welster.

Éste, luego que llegó, comenzó á realizar sus proyectos con la mayor eficacia, para regresarse pronto á esta ciudad. Ya casi los había concluído felizmente, cuando una tarde, andando de paseo, se quebró la calesa, que cayó con él, y le lastimó una pierna tan malamente, que los cirujanos temían que la perdiera.

Siete meses estuvo en una cama sin poderse levantar, hasta que por fin, á costa de sufrimientos y de dinero, logró quedar enteramente bueno.

No tanto le desesperaba su mal, cuanto no tener noticia de Carlota. Tres veces le escribió y otras tantas le quedó esperando la respuesta; ¿pero cómo la había de tener si en México no sabían sus conocidos dónde estaba? El señor Labín, á quien venían las cartas de Jacobo, se volvía loco por inquirir el paradero de Carlota; pero todas sus diligencias eran vanas. Mil veces llegó á pensar que la había matado su cruel padre. Como que era amigo verdadero de Jacobo, tomaba el mayor interés en serenarlo, y así, unas veces le decía que estaba en

una hacienda al tiempo que salió el correo marítimo; otras que estaba algo enferma, y otras que se había extraviado la contestación en el camino.

Esto acongojaba demasiado al sensible Welster, porque atribuía el silencio de Carlota á alguna inconstancia mujeril; y así apenas se alivió, cuando se embarcó para este reino, sin dar noticia de su viaje á su íntimo Labín.

Ya se acercaba el tiempo en que estos dos amantes apuraran de una vez el amargo cáliz de su última separación. Las horas volaban para apresurar el fatal momento. Jacobo desembarcó sin novedad en Veracruz y como su pasión era vehemente, no pudo sosegar; trató de acelerar su viaje á esta capital y lo verificó á marchas dobles.

Dos días faltaban para la profesión de Carlota y ella no había tenido un rato proporcionado para escribir al señor Labín como deseaba, porque su vigilante cuidadora estaba en esos días más alerta que nunca por especial encargo de su padre.

Pero no todas han de ser desgracias en la vida. Un accidente que pudo ser funesto facilitó esta ocasión deseada. La antevíspera de la profesión, como á las doce de la noche, acometió á la abadesa un fuerte insulto apoplético. Se alborotó el convento; llamaron al confesor y al médico, y en estas horas nadie pensaba sino en